

DIOGO DE GOUVEIA, EL “INFLUENCER” DEL S. XVI QUE LLEVÓ A SAN FRANCISCO JAVIER A LA INDIA

José María GUIBERT UCIN
guibert@deusto.es

La historia se hace con personas que transforman el mundo. En este artículo quiero sacar a la luz de modo breve la historia de quizá la persona que más influyó en que Francisco de Javier terminara siendo destinado a la India. Se trata del portugués Diogo de Gouveia, educador, teólogo, diplomático y humanista que conoció a san Francisco Javier y a los primeros jesuitas en París.

Si no fuera por Gouveia, quizá Navarra no habría tenido este santo patrono. O quizá Javier habría “destacado” en otro sitio. A partir de informaciones algo dispersas, quiero construir la historia y el talante de este portugués y describir, paso a paso, su relación e influencia determinante en la ruta que siguió Francisco de Javier.



San Francisco de Javier.
Altar mayor de la Basílica del Castillo de Javier.
(Foto: Javier I. Igal Abendaño)

EL DIPLOMÁTICO FIEL A PORTUGAL

Nació en Beja (Portugal) en 1471. Recibió una beca en 1499 para formarse en París. Estudió en el Colegio Monteagudo, donde coincidió con los luego famosos humanistas Erasmo y Vives. Logró el grado de Maestro en Artes y después el de Doctor en Teología en 1510. Mientras, se ordenó de sacerdote y fue bibliotecario de la universidad. Desde 1512 fue agente diplomático de los reyes portugueses. Sirvió a Manuel I y a Juan III que reinaron, respetivamente, en los períodos 1495-1521 y 1521-1557.

Atendió sobre todo las contiendas entre Francia y Portugal. Se encargaba de las quejas de los mercaderes portugueses atacados por corsarios. Los conflictos tenían lugar por el dominio portugués de los mares y por el del comercio ultra-marino con Brasil, África y la Indias Orientales. Aconsejó al rey crear capitanías en Brasil, para protegerse de los corsarios franceses en la costa brasileña.

Dejó París cinco veces (1512, 1516, 1526, 1528 y 1529) para ir a Portugal y tratar asuntos políticos con la corte. Gouveia alababa al rey, Manuel. Y le animaba a ser “Señor de África y Asia”. Una vez le escribió en estos términos: “seréis poderoso para ser el mayor Señor del mundo”. De familia le venía un cierto espíritu belicoso. En aquel tiempo unían con facilidad la piedad religiosa con lo que hoy nos parece una visión militar e imperialista.

EL EMPRENDEDOR Y DIRECTOR DE UN COLEGIO UNIVERSITARIO

El Colegio de Santa Bárbara era uno de los Colegios que destacaban en la Universidad de París. Estaba situado en el Barrio Latino. Era una empresa privada, y no una fundación piadosa de una institución religiosa, como eran la mayoría de los Colegios de esa universidad.

Gouveia se planteó en 1520 comprar para su Rey dicho Colegio Santa Bárbara. Su dueño no lo aceptó. Pero sí les alquiló la institución. Diogo de Gouveia se convirtió en arrendatario y Principal (director) de la institución. Lo transformó en un Colegio parisino que servía a las necesidades de los territorios que Portugal tenía que gestionar



por el mundo. Por el influjo de Gouveia, Juan III creó 50 becas para estudiantes portugueses en 1526, para que se formaran en Artes Liberales y Teología. Por ello, fue considerado en París un triunfador por volver de Portugal con estudiantes, becas y ayudas económicas para la institución.

Gouveia llevó al Colegio a su esplendor. Tenía estudiantes no solo lusitanos sino de todas las naciones. Llegó a ser uno de los centros más florecientes de la Universidad. Destacaba por su progresismo, comparado con el centro del que se hizo rival, el Colegio Monteagudo, más austero, medieval y retrógrado.

En Santa Bárbara este centro se conocieron los que posteriormente fundarían la Compañía de Jesús. Compartieron habitación Íñigo de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro. Fue allí donde Javier comenzó a oír hablar sobre los intereses de Portugal en las Indias Orientales.

A partir de 1529 Diogo senior delegó en sus sobrinos la dirección del Colegio durante unos años: André de Gouveia (1529-34) y Diogo de Gouveia junior (1534-40). El motivo fue sus demandantes viajes y tareas diplomáticas en Portugal y Francia para el rey Juan III.

En 1540, y hasta 1548, volvió a la dirección de Santa Bárbara. Sin embargo, el rey Juan III amenazó con retirar las becas, por los riesgos que veía en París con la reforma protestante. Por ello, en 1542 creó un Colegio de Humanidades en Coimbra y allí comenzó el rey a enviar gente, en vez de a París. En 1548 el dueño del Colegio, Dugast, sacó a Gouveia del mismo. Vivió en adelante justo a una iglesia cercana y casi siempre enfermo.

Había cumplido con su sueño al ser enviado a la Sorbona: ser doctor en París y lograr ver una fundación de teólogos portugueses en esa universidad. Diogo retornó a Portugal en 1556. Fue canónico de la catedral de Lisboa y falleció al año siguiente. Está enterrado en el crucero de dicha catedral.

EL EDUCADOR VOCACIONADO

Gouveia era de esas personas que creen en el valor transformador de la educación. Se ordenó de sacerdote, pero antes de llegar a los treinta años dejó la cura de almas y se dedicó a la enseñanza. Se preocupaba de cuestiones educativas, animando constantemente a los jóvenes a las buenas costumbres y a la vida desinteresada y virtuosa. Los profesores ensalzaban su ciencia, virtud y prudencia. Educar con el amor, no con los golpes de regla o vara, era lo que intentaba. Fue también buen poeta latino e introdujo en ese arte a los jóvenes recién llegados.

Le preocupaba cómo unos estudiantes llegaban a la Universidad más bien inocentes y allí terminaban bastante depravados. A veces los mismos profesores eran los que daban mal ejemplo y

hacían de corruptores. En algunos casos, tras saltar las tapias del Colegio a altas horas, pasaban parte de las noches en casas de juego, o saqueaban transeúntes, visitando lugares de perdición. Nuestro protagonista era firme en sus planteamientos educativos. En tiempos de ausencia por sus viajes, algunos sabían aprovechar la situación para saltarse las normas con más facilidad.



*San Francisco Javier en el Monumento a los descubrimientos, en Belém-Lisboa.
Fotografía cedida por Amaury Deschamps.*

No todo era malo en París. En una carta a sus familiares, Íñigo de Loyola recomienda esta universidad no solo por la calidad académica de sus Colegios y centros, sino también porque "es tierra donde más honestidad y virtud guardan los estudiantes". Aconseja a su hermano sobre el futuro de su sobrino: "porque en ninguna parte de la Cristiandad hallaréis tanto aparejo como en esta Universidad, y porque más fruto hará aquí en cuatro años que en otra, que yo sepa, en seis; y si más me alargase, creo que no me apartaría de la verdad".

En la educación parisina también incluían las ciencias y los gobiernos aprendieron a aprovecharse de ellas. Fueron tiempos de progresos en la navegación y en los conocimientos náuticos. Por ejemplo, gracias a la tecnología, Portugal pasó esos años de tener apenas aptitud para conducir una barca por el Tajo a ser capaces lanzarse hasta la India. Esto fue por el aporte del astrolabio y por las investigaciones matemáticas. Portugal aprovechó el nuevo conocimiento para extender su imperio más allá de lo que se conocía en occidente y en el Mediterráneo. Descubrieron un camino marítimo hacia las Indias Orientales.



Representación en Belém (Lisboa) de la expansión del imperio portugués por las Indias Orientales.

Fotografía María Guibert.

los pobres. Se desprendieron de todo. Empezaron a pedir limosna y a mendigar su comida. Comenzaron a vivir en el hospital de Santiago atendiendo a los enfermos. Los dos primeros eran muy conocidos.

Esto generó irritación e indignación en amigos y compatriotas. Éstos

EL TEÓLOGO HUMANISTA Y COMPROMETIDO

En París se vivía una situación política y religiosa tirante. Gouveia fue testigo del cisma de aquel tiempo en la Iglesia católica: la reforma protestante y la reforma católica (o contrarreforma). Uno de los rectores se luteranizó y hubo ataques y tensiones por uno y otro lado.

En este contexto Gouveia apoyó los estudios de latín en su Colegio, no así los de griego. Valoraban mucho la lengua latina, con la contratación de profesores excelentes, como preparación a la Filosofía y la Teología.

El griego, en cambio, lo veían como lengua de herejes: "griego sin teología, lleva a herejía"; "qui graecizabant, lutheranizabant". Tomó partido contra los libros de Erasmo (por demasiado fríos y poco devotos) y de Lutero (por herejes). Defendió la ortodoxia católica y la escolástica. Los que criticaban la escolástica y estudiaban griego eran sospechosos de luteranismo. El método escolástico busca una disciplina lógica y aporta conceptos precisos y claros, en vez de ideas vagas de Filosofía y Teología. Algunos sobrinos suyos eran más liberales y los consideraba luteranos.

EL ALBOROTO POR UNOS CAMBIOS DE VIDA EN ESTUDIANTES

Hubo un hecho que en 1529 causó revuelo en la colonia española del Barrio Latino. Tres estudiantes españoles, Juan de Castro (burgalés), Pedro de Peralta (toledano) y Amador de Elduayen (guipuzcoano), dejaron de modo repentino sus estudios y sus Colegios. Cambiaron radicalmente de vida. Repartieron sus bienes y sus libros entre

fueron al mencionado hospital a sacarlos de allí. Al principio con buenas razones. No consiguieron nada. Se ocasionó un tumulto. Luego fueron con armas, los sacaron a la fuerza y los llevaron de vuelta al Barrio Latino. Llegaron a un acuerdo. Les hicieron prometer que hasta que no terminaran los estudios debían estar allí.

¿Qué había pasado? Se comenzó a sospechar de Íñigo de Loyola. Era un caballero de la nobleza guipuzcoana. Había llegado a París un año antes. Hizo un proceso personal de conversión que comenzó en 1521. Posteriormente estudió en las universidades de Alcalá y Salamanca. Tenía fama de tener problemas con las autoridades eclesiásticas. Fue a París a completar su formación y comenzó a estudiar en el Colegio Monteaigudo. Mendigaba y vivía de limosnas, con las que también ayudaba a otros.

Pronto todo el alboroto se atribuyó a Íñigo, aficionado a las conversaciones espirituales. Ocurrió que Íñigo de Loyola propuso a Peralta, Castro y Amador unas meditaciones que él llamaba "ejercicios espirituales", durante un mes. Esto les llevó a mutar su proyecto vital y a "abandonar el mundo". Es de entender que las conversiones y cambios generan reacciones de autodefensa en el medio social y familiar de los afectados. Es un cuestionamiento que muchas veces se traduce en ataque al que evoluciona o al que provoca la transformación.

Los rectores de los Colegios reaccionaron contra Íñigo. Gouveia le acusó de seductor de estudiantes. Amenazó con aplicar solemnemente el castigo la "Salle" (castigo público en el que cuatro profesores golpean con una vara al penado) si entraba en Santa Bárbara, donde resulta que estudiaba Amador. Otro profesor, del Colegio Mon-



teagudo, donde residía Peralta, fue más allá que solo amenazar: demandó a Íñigo ante el Inquisidor, como sospechoso de herejía. Íñigo posteriormente, cuando se enteró, estuvo con el Inquisidor, pero éste había desestimado la denuncia. El asunto se olvidó. Pero por poco tiempo.

EL ESCARMIENTO DEL CASTIGO HUMILLANTE DE LA VARA

Dos meses más tarde, Íñigo ingresó en el Colegio Santa Bárbara, bajo sorpresa de todos. La ira de Gouveia se había calmado para entonces. Allí conoció a Francisco de Javier y a Pedro Fabro, con quienes compartió habitación.

La calma no duró mucho. Íñigo de Loyola siguió con su apostolado particular. Esta vez, en sus prácticas pastorales, invitaba a los jóvenes a ir al convento de los Cartujos los domingos. Allí se confesaban y comulgaban. Resulta que eso llevaba consigo faltar a las Disputaciones prescritas para los estudiantes colegiales los domingos. El maestro Peña se quejó y amonestó tres veces a Íñigo: no quería que sus estudiantes se ausentaran de clase el domingo e incumplieran así el reglamento. Íñigo no hacía caso a razones y amenazas. Iba a lo suyo con su apostolado.

Peña recurrió al Principal, Gouveia. Éste se enfureció. Llovía sobre mojado. Decidió que Íñigo recibiera un escarmiento público. El guipuzcoano ejercía mucha influencia en los estudiantes y era visto como un incorregible seductor de jóvenes. Decidió aplicarle una pena o sanción física: el temido castigo de las varas, en el que profesores elegidos golpearían duramente a Íñigo. Gouveia ideó para ello un plan: un día, cuando profesores y estudiantes estaban en sus clases, mandó cerrar las puertas del Colegio. Convocó a todos a toque de campana en el aula principal. El correctivo debía ser manifiestamente público.

Íñigo actuó listo. Al sonar la campana se dio cuenta de qué sucedía. Fue rápidamente al cuarto del terrible Principal. No huyó. Le dijo a Gouveia que estaba dispuesto a recibir el castigo, de buena gana y por Cristo, pero que pensara en los jóvenes a quienes Íñigo había ayudado en su fe. Gouveia era irascible, ardiente, vehemente, recio y pasional. Pero también era profundamente religioso, piadoso y humilde. La conclusión de ese diálogo fue que Íñigo conquistó a Gouveia con sus palabras y actitud. Aceptaba pobreza y humillaciones. Su palabra era desnuda, sin adornos literarios. Aquel hombre era un santo, laico, mayor que el resto. En un entorno en el que los estudiantes y sus familias buscan ser más y tener más, este estudiante pobre y vagabundo vivía más cerca del pueblo que los intelectuales renacentistas.

Mientras, los estudiantes, incluidos Francisco Javier y Fabro, esperaban con tensión en el aula la previsible sesión de golpes de palos y azotes al



Tumba del Rey Juan III en el Monasterio de los Jerónimos de Belém - Lisboa. Fotografía María Guibert.

acusado, Íñigo. Los profesores estaban ya preparados con sus varas en las manos. Pronto se abrió la puerta. Para sorpresa de todos, Gouveia, en vez de dar la orden de los tales latigazos, entró con otro talante. De modo sencillo llevaba de la mano al mismo Íñigo. Las crónicas dicen, como recogen Schurhammer y otros, que Gouveia se puso incluso de rodillas a los pies de Íñigo. Con lágrimas le pidió perdón por haberle querido azotar. En un gran gesto de humildad por su parte, presentó a Íñigo a todos como un cristiano ejemplar.

Gouveia le dio posteriormente permiso para llevar a los jóvenes los domingos a la Cartuja. Cambió los horarios académicos de fin de semana. Al final, Íñigo, al que iban a azotar resultó ser por este motivo más conocido y estimado públicamente.

Desde entonces, 1529, el todopoderoso diplomático se convirtió en amigo y protector del guipuzcoano y de la Compañía de Jesús naciente. Incluso en 1545 mandó imprimir en París varias cartas de Javier, escritas desde la India.

EL PRIMER INTENTO DE PETICIÓN DE EVANGELIZADORES EN LA INDIA

A la larga, el castigo de la vara sería ocasión "de que el Rey de Portugal llamase a los Nuestros, y los enviase para las Indias", según dice un texto de uno de los Maestros de París y compañero de Javier y de Íñigo, Alfonso Salmerón. La historia de desarrolló del modo que sigue.

Los primeros jesuitas, una decena, los “Maestros de París”, fueron terminando su fase parisina e hicieron voto de peregrinar a Tierra Santa. En 1538 Ignacio (que iba ya abandonando su anterior nombre, Íñigo), Javier y sus compañeros veían que no podían hacer ese viaje. El entorno de guerra contra los turcos descartaba dicha peregrinación. Ir a Jerusalén era el gran ideal de su futuro, y allí misionar entre musulmanes. Pero no pudo ser. En noviembre el papa Paulo III les dice: “¿A qué deseáis tanto ir a Jerusalén? Buena y verdadera Jerusalén es Italia, si deseáis hacer fruto en la Iglesia de Dios”.



San Francisco de Javier en la iglesia de San Roque de Lisboa, primera iglesia jesuita de la ciudad.

Esto les hizo pensar. Si en un año no fuera posible peregrinar a Tierra Santa, entonces seguirían lo establecido en el voto de Montmartre de París: ponerse a disposición del Papa para que les enviara donde más falta hiciera. Visto esto, distintos obispos y embajadores se esforzaban para que los Maestros de París fueran a trabajar a sus tierras y diócesis. Una de las peticiones llegó incluso a pedir que se desplazaran las recientemente descubiertas Indias Occidentales (América).

Aquí entró en juego Diogo de Gouveia, desde París. Le llegó una petición de un antiguo alumno: 60.000 paravas (sur de la India, zona malabar) se habían convertido a la fe católica. Habían recibido el bautismo entre 1535 y 1537 y se habían quedado sin sacerdotes. Gouveia escribe en febrero de 1538 a dos de los primeros compañeros, Simón Rodrigues y Fabro: les exhorta a que vayan a las Indias. Gouveia estaba muy impacta-

do en positivo por estos Maestros que dejaban las cátedras para vivir y predicar en pobreza.

Sin embargo, Fabro, de parte del conjunto de los jesuitas, le responde diciendo que el Papa quiere que estén en Roma, “pues en Roma hay mucha mies”. Añade que “no nos aterra a nosotros ni la misma distancia de los lugares, ni el trabajo de aprender la lengua: sólo que se haga lo que más agrada a Cristo”.

LA INSISTENCIA DESDE PARÍS Y LISBOA

Los portugueses no ceden. Utilizan a Dom Pedro Mascarenhas, embajador del Rey Juan III de Portugal en la Corte pontificia. A comienzos de agosto de 1539 el rey escribe seis cartas al embajador. Una de ellas habla de “la empresa de la India”. Cree que es importante allí el “acrecentamiento de nuestra santa fe católica”. Para ello quiere “letrados y hombres de bien”.

El rey dice continúa: “Fui informado por carta del maestro Diogo de Gouveia, que de París eran partidos ciertos clérigos letrados y hombres de buena vida, los cuales por servicio de Dios tenían prometida pobreza, y solamente vivir por las limosnas de los fieles cristianos, y que andan predicando por donde quiere van y hacen mucho fruto”. Se refiere a una carta de Gouveia del 17 de febrero de 1538. El rey sabe que Fabro contestó a Gouveia, de parte del grupo de los jesuitas, en noviembre de 1538. Y dicen que harán lo que diga el santo Padre.

El rey lo tiene claro: “siendo de ellos de estas cualidades y de esta intención, que allí harían muy grande servicio a Nuestro Señor y aprovecharían mucho en las cosas de fe, así para enseñanza y confirmación de los que la tienen ya recibida, como para traer otros a ella”. Y pide información al embajador: “os encomiendo mucho que trabajéis por saber qué hombres son estos, y les habléis si ahí estuvieran”. También pide que el diplomático hable con el Papa y le convenza: “Y siendo necesaria licencia del santo Padre, o aun mandato para eso, vos le suplicáis de mi parte que la quiera dar o lo quiera mandar, dándole esta información”.

El embajador recibe estas misivas a finales de agosto. Durante meses trata con el Papa y los cardenales algunos de los asuntos urgentes, mencionados en las otras cinco cartas. A fin de año fue informándose sobre los jesuitas. Le dijeron que “no tenían voluntad propia, puesto que con voto se habían puesto enteramente a disposición del Papa”. Pidió audiencia al Papa, le explicó la situación y pidió cuatro jesuitas para la India; y si había más, mejor.

El Papa conocía a los jesuitas, los elogió mucho, su sabiduría y virtud, y sabía del mucho bien que hacían con las predicaciones y los ejercicios. Pero una misión así, tan compleja, dijo el Papa,



Tumba de san Francisco Javier en Goa.

la tenía que decidir los mismos jesuitas. El embajador habló con ellos y les pareció una buena idea. Pero eran muy poquitos: los de París eran solo una decena. Algunos estaban ya ausentes de Roma, con misiones comprometidas con algunos obispos (Parma, Nápoles, Siena, Bagnorea, Irlanda) y otros jóvenes aún estaban estudiando. Javier era entonces Secretario de la Compañía. Eso le hacía llevar desde Roma la correspondencia con los jesuitas.

Mascharenhas eligió a Ignacio como confesor. Le pedía seis jesuitas. Ignacio decía que dos. El embajador se encendía pidiendo más. Ignacio respondía *"con rostro sereno y amoroso"* de este modo: *"Jesús, señor embajador, y ¿qué me deja Vuestra Señoría para el resto del mundo?"*.

Al final, el embajador tomó como éxito el logro de dos jesuitas para sus fines. El Papa dio entonces orden para que dos de los Maestros de París fueran a las Indias. Fue Ignacio quien hizo la elección: el portugués Rodrigues y el español Bobadilla. Se les añadió Messer Paulo, un italiano recién agregado al grupo de los jesuitas, que aceptó con humildad y dudas tan complejo destino. Estamos ya en marzo de 1540. El 11 de marzo el embajador tiene audiencia con el Papa a modo de despedida.

La historia es conocida: el 14 de marzo llega Bobadilla de Nápoles a Roma. Pero con un estado

de salud lamentable: el médico y los compañeros juzgan que no está como para viajar a Lisboa. El embajador no quiere esperar: exige una segunda persona además de Rodrigues. Ignacio estaba esos días enfermo en cama. Solo quedaba uno de los maestros de París en Roma, disponible para una nueva empresa: Francisco de Javier.

Francisco acepta encantado la misión, de un día para otro. Ve la mano de Dios. El día 15 firma unos documentos, sobre la constitución de la Compañía, que estaba aún por erigirse legalmente. Ese mismo día deja Roma y parte a caballo en el séquito del embajador. Lleva como equipaje un poco de ropa, un breviario, una copia de los ejercicios y algún escrito más. Su vida da un giro trascendental. Otros han movido los hilos para que fuera a Oriente.

CONCLUSIÓN: LOS ROLES DE GOUVEIA, IGNACIO Y FRANCISCO

Recapitulando la narración que he contado aquí, vemos, como decía al comienzo, que la historia la hacemos las personas. Penetrar en ellas, captar su talante y motivaciones, permite acercarnos más a entender mejor la historia en su conjunto y explicar distintos hechos. En este caso, como conclusión, destaco algunas facetas de los tres protagonistas de este relato histórico.



Alegoría de los viajes de San Francisco de Javier.

Diogo de Gouveia (Baja, Portugal 1471 – Lisboa 1557). Mostró una determinación y compromiso relevantes con su país, con la religión y la formación. Fue muy emprendedor y se implicó con fuerza en muchos proyectos relevantes. Su sensibilidad y apertura al diálogo con Íñigo de Loyola le permitió captar la potencialidad del primer grupo de jesuitas, los parisinos.

Ignacio de Loyola (Azpeitia 1491 - Roma 1556). Marcó un camino de transformación personal que influyó en muchos. El primero que daba ejemplo fue él mismo. Su testimonio personal, que transforma más que las ideas, fue el que hizo cambiar de opinión a Gouveia. El amor se ha de poner en

las obras, decía. La honestidad, la bondad y el amor convencen y eran sus armas. Propuso una reforma de la Iglesia sin salir de ella, más centrada en el compromiso y cambio personal que en el debate de ideas teóricas. Fue *"el más eficaz, pero callado, reformador del siglo"* (Tellechea).

Francisco de Javier (Navarra 1506 – China 1552). Fue el gran seguidor. En los primeros años, aprendía y obedecía. Le ilusionó mucho el destino a la India. Posteriormente en Asia tuvo ocasión de sacar toda la iniciativa que llevaba dentro y de descubrir de modo más profundo el amor y la fuerza de Dios. Marcó una época en la historia de la Iglesia.



San Ignacio de Loyola y San Francisco de Javier paseando por la Universidad de París.

El autor es el Rector de la Universidad de Deusto y catedrático de la Facultad de Ingeniería.

Es, además, de autor de varios libros sobre San Francisco Javier, entre otros temas.

BIBLIOGRAFÍA

- GUIBERT, J.M. (2021), *El viaje de Javier. Un itinerario de discernimiento*, Mensajero, Bilbao.
- O'MALLEY, J. (1993), *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander.
- SCHURHAMMER, G. (1992), *Francisco Javier. Su vida y su tiempo*, Gobierno de Navarra-Compañía de Jesús-Arzobispado de Pamplona, Pamplona.
- TELLECHEA, J.I. (2012), *Ignacio de Loyola. La aventura de un cristiano*, Sal Terrae, Santander.

